

Hackear el periodismo, resetear la democracia.

O de cómo Assange quería establecerse en Islandia y acampó en Sol.

Víctor Sampedro Blanco es Catedrático de Comunicación Política en la Universidad Rey Juan Carlos. Biografía, escritos y contacto en www.victorsampedro.net

Este texto aborda el impacto de Internet en el sistema de representación democrática¹. A lo largo del s. XX el periodismo acabó sometido a los medios de comunicación masivos. Estos se convirtieron en fines en sí mismos, haciendo del lucro empresarial su objetivo único o prioritario; en todo caso, antepuesto a (y, por tanto, a costa de) la información como bien público indispensable para la democracia. Mientras los periodistas profesionales dejaban de (o no podían) ejercer de contrapoder, los partidos evolucionaban en burocracias jerarquizadas. Cada vez más desligados de la participación ciudadana, se centraron en recaudar votos para copar puestos en la Administración. Nada en contra, excepto que desplazaron el objetivo de la transformación social por la gestión de lo existente y, por ende, acabaron subordinados a un Mercado fuera de control.

Internet (y, en concreto, las redes sociales que en la actualidad representan su mayor frente de expansión) son tecnologías disruptivas del juego democrático tal como lo concebíamos. Internet es la Red Social por excelencia. Ha removido las estructuras mediáticas y partidarias, materializando una crisis de representación tan grave o más que la económica. Las fisuras abiertas hasta el momento tienen como máximos exponentes las filtraciones de Wikileaks, las cibermultitudes del 15-M y ciertas (r)evoluciones entre las que esbozaré el caso islandés. Son procesos en marcha, abiertos a la mudanza o a la regresión. Pero nos ayudan a repensar el periodismo, la política y los proyectos nacionales que se habrán de fraguar en el s.XXI. La alternativa contraria ya la conocemos: el neopopulismo autoritario con un mercado mediático y político subordinados a la economía especulativa. Una democracia, en fin, de audiencias consumidoras, compatible con el recorte de derechos civiles y sociales, mientras las empresas de comunicación y los gobiernos actúan de terminales informativas y gestoras del poder económico. Comenzaré con una clarificación conceptual y terminológica de las redes sociales, para abordar luego las peripecias de Julian Assange, la Spanish Revolution e Islandia.

1- Los SRS [Sitios de Redes Sociales] y el ciberactivismo.

Los SRS constituyen el circuito mediático de la Internet (la Red Social con mayúsculas) con mayor tasa de crecimiento de usuarios y de creación de contenidos multimedia por parte de los cibernautas. Potencian una comunicación masiva a través de tecnologías personales. Al haber transformado el esquema comunicativo de los blogs, donde aún prima un autor individual o colectivo, en otro masivo: donde muchos se comunican con otros muchos.

Los SRS permiten construir un perfil (semi)público en un listado (más o menos cerrado) de otros usuarios que tejen un entramado interactivo de conexiones. Ese entramado puede ser centralizado y centralizador, como en Facebook; o abierto, como en N-1 (la red del 15M). En todo caso, los SRS reproducen comunidades presenciales, las expanden o crean como nunca antes había ocurrido en la Red. Son medios “contagiosos”, inherentemente sociales, que promueven y trasladan sus debates a los medios mayoritarios. Frente a estos, ofrecen un impacto cognitivo mayor, basado en las relaciones (inter)personales que movilizan. De ahí su importancia para etiquetar, organizar y movilizar viralmente afinidades sociopolíticas.

Los SRS ofrecen una estructura de interacción a medio camino (o que combina) grupos muy cohesionados fuera de las pantallas y otros que lo están menos y se gestan en la Red. En uno de los polos se encuentran MySpace o YouTube, que se orientan a comunidades virtuales poco unidas con usuarios muy dispersos. En el otro extremo figuran los Sistemas de Redes Sociales Móviles (“mobile social network system”, MSNS) basados en la telefonía digital. Muy extendidas en la población permiten una comunicación continua y personalizada. Facebook, Twitter y, entre los jóvenes españoles, Tuenti, son los iconos nuevos de Internet.

Los dispositivos móviles aumentaron geométricamente la extensión de las redes sociales. No sólo por cuestión de portabilidad o la conexión permanente, sino también por confianza (y, por ende, impacto). Baste señalar que, como máximo, “abrimos” uno de cada cuatro correos

electrónicos no solicitados, mientras que leemos el 95% de los SMS que recibimos. Twitter, una infinidad de micro blogs con caracteres limitados, viene a equiparar una entrada de blog con un mensaje de texto; de ahí, parte de su éxito.

Entre las muchas confusiones inadvertidas y fabricadas que nos invaden destaca la que identifica redes sociales con medios sociales o comunitarios. Cabe aclarar que los últimos persiguen la auto-sostenibilidad económica (no el lucro), para mantener una independencia que permita cumplir un fin social: sostener y hacer avanzar una comunidad, su identidad e intereses. Si nos dejamos llevar por el lenguaje promocional, incurriremos en errores no exentos de peligro. Baste señalar dos: idealización y absolutización.

(a) Los SRS (e Internet en general) son tecnologías tanto de autonomía como de control. Su fin es económico y se cifra en el *data mining* o la extracción de información para formar bases de datos. Puestas a la venta, representan un enorme negocio, como pieza clave de cualquier campaña de marketing comercial o electoral. En manos de los servicios de inteligencia representan un potente instrumento de guerra y represión interna.

(b) La absolutización considera erróneamente que el impacto político-social del activismo digital no precisa de comunidades reales (redes de carne y hueso, mujeres y hombres) ni de los medios masivos (en concreto, la televisión, el medio aún hegemónico). Sin presencia en la calle o en las teles, la tecnopolítica pierde gran parte de su fuerza. Sin Al Jazeera sería dudoso que se hubiera extendido la primavera árabe. Sin aparecer en los telediarios, el 15M no sería conocido por la población que no accede a Internet, menos aún a los SRS. Sólo el 12% de los hogares españoles con conexión a internet participa en alguna red social, frente al 35% de los europeos.²

Tendemos a pensar en la tecnología como palanca prodigiosa de progreso o amenaza de apocalipsis. Y nos preocupan sus efectos sobre los individuos. Una imagen extendida es la de los jóvenes aislados en sus pantallas, alienados y autistas al contacto físico. Pero lo cierto es que los nativos digitales (nacidos con Internet) combinan y refuerzan sus relaciones online y offline, hasta tal grado que resultan indistinguibles. Suelo citar a este respecto que, cuando abrí mi cuenta en Facebook, el único que no lo usaba para citarse o quedar con amigos, para felicitarles el cumpleaños o reír sus gracias, era yo.

Antes de proyectar patologías (en realidad, miedos) de unas tecnologías que ni conocemos, ni usamos bien, ni sabemos cómo evolucionarán, propongo pensar en términos institucionales y sociales. Ahí las disfunciones son evidentes. Pero no para nosotros, sino para las burocracias que han hecho de la comunicación y el debate público su principal tarea. Frente a ellas la Red facilita la comunicación horizontal, colaborativa y gratuita. Estos tres rasgos han quebrado los monopolios profesionales del periodismo y la política. Porque podemos convertir nuestros ordenadores, móviles y tabletas en medios de comunicación y nodos políticos de alcance masivo.

Los tres rasgos señalados resultan radicalmente opuestos a los que acabaron de perfilar la prensa corporativa y los partidos en el s. XX. La colaboración horizontal entre iguales que permite la Red se opone a la división jerarquizada del trabajo y a los privilegios de quienes ocupan los puestos superiores. Frente a sus conocimientos y capacidades, siempre limitadas, surge la inteligencia colectiva que, bajo ciertas condiciones, asegura resultados muy superiores al más insigne comité de sabios que pueda reunirse³. Incorporada a organizaciones e industrias, está generando nuevas formas de producción y distribución en economías abiertas y colaborativas⁴.

Ligado a lo anterior y opuesto a la mercantilización capitalista, la cultura digital favorece lo gratuito y el procomún. Frente al patrimonialismo, prima el placer de generar bienes y servicios que consumimos y compartimos sin pagar ni cobrar dinero, pero añadiéndoles valor. P.e. cada vez que compartimos un link de una noticia, redifundimos la publicidad asociada y le conferimos una credibilidad adicional. Las retribuciones no son monetarias: el intercambio frente a la venta, el gustazo de compartir lo que encanta o, ¿por qué no?, la búsqueda de reconocimiento.

Por último, lo digital traspasa fronteras. Borra los límites espaciales con su alcance potencialmente global y casi en tiempo real. De ahí que, en plena crisis de control tecnológico

(cuando Internet aún no está controlado por el Estado y el Mercado)⁵, hayan entrado también en crisis los políticos y los periodistas. Si los primeros son considerados el tercer problema más importante de España⁶, los segundos constituyen uno de los gremios más precarizados, con ERE continuos y empresas incapaces de renovar audiencias⁷.

Carl Schmitt escribía que la representación arrastra el drama de representar la ausencia de los representados. El pueblo invisible sólo se hace presente con los representantes. Y este drama (porque la representación vacía de poder al Pueblo)⁸ se vuelve tragedia cuando la ciudadanía se presenta en las plazas y se representa sin pedir permiso, convocándose y manifestándose con sus propios medios. Crea así un nuevo espacio público, por necesidad antagonico. A nadie le gusta acampar en una plaza acosado por la policía. Si lo hace es porque cree que las noticias son las mentiras del poder; las elecciones, un mecanismo de turnismo pactado; y los planes de desarrollo, urbanizaciones que miran hacia el abismo.

Las nuevas formas de activismo residen en recodificar los programas⁹. Intentan cambiar el código base del periodismo y de la democracia, revirtiendo sus procesos en contra de las estructuras de poder impunes. Es lo que persiguen los hackers o hacktivistas (no confundir con crackers, que son “los malos”). Y es a lo que se dedican los buenos programadores. Hacer, en lugar de hablar. Ofrecer respuestas y soluciones sencillas a problemas complicados (lo mismo que pretenden periodistas y políticos). Pero dándole la vuelta al sistema, poniéndolo a funcionar contra sus arquitectos y gestores. En definitiva, se propone que en lugar de afrontar la crisis con miedo, la aprovechemos como oportunidad para las poblaciones y no sólo las corporaciones. ¿Cómo? Desarrollando desde la autonomía que permite Internet prácticas políticas de control y transparencia. Mientras los SRS nos sirvan, adelante. Cuando dejen de hacerlo, ya inventaremos otra cosa y migraremos a ella.

2.- Wikileaks.

Sólo los medios corporativos y las facultades de comunicación lo niegan. Por la cuenta que les trae. Su caída sería aún más dura. Wikileaks ha abierto el camino para recuperar el periodismo como arma de combate contra mentirosos, corruptos e incompetentes. Nadie se ha cobrado más piezas que Assange. Con él el periodismo ha vuelto a ser un arte de caza mayor, un deporte de combate: contrapoder que no quiere poder.

Wikileaks se tejió en las redes de la contracultura y los movimientos alternativos que la revolución conservadora se ha encargado de dinamitar desde los 80 del s.XX. En la biografía de Assange confluyen el neohippismo rural de su madre, la ética hacker y ciberpunk, la antiglobalización y las ONG... y al final, ya lo veremos, el sueño de un país soberano, de hielo y fuego¹⁰.

Si algo ha dejado claro Wikileaks es una enseñanza triple a los cinco medios con los que pactó la gestión de los cables diplomáticos estadounidenses. 1.- El alcance de la gratuidad, al brindarles el usufructo de una información de valor incalculable en el mercado del espionaje. 2.- Las enormes ventajas de la colaboración; chocando de plano con la periclitada definición de “exclusiva periodística” y acompasando varios diarios y un semanal (*Der Spiegel*). 3.- Y cómo los medios pueden formar una red transnacional, garantizando un marco común de (a)legalidad desde el que representar los intereses de la sociedad civil global. En breve: el *New York Times* blindaba, gracias a la Primera Enmienda norteamericana, al resto de los diarios. Actuaron así en el marco (a)legal necesario para combatir a quienes hasta ahora se habían beneficiado de tal estrategia: las transnacionales y los ejércitos mercenarios, los capos del narcotráfico y los especuladores financieros...

Los papeles de Afganistán (en especial, el vídeo *Collateral Murder*) y el Cablegate de la diplomacia estadounidense marcan el inicio del acoso de EE.UU. y de sus brazos corporativos. La negativa de Mastercard, Visa y Paypal a procesar las donaciones a Wikileaks son la censura capitalista a la liberación de información que antes había despertado la represión china y de las dictaduras asiáticas y africanas cuyas disidencias había apoyado la organización de Assange. Bradley Manning, el supuesto filtrador, permanece preso en un Guantánamo que, instalado en el seno de la democracia estadounidense, aplica a rajatabla los métodos de las purgas estalinistas. Wikileaks ha perdido el 95% de sus donaciones (único modo de financiamiento) y Assange

puede ser extraditado, primero a Suecia y luego a EE.UU., para convertirse en reo del Gran Jurado de Virginia (habilitado para aplicar la penal capital).

Esta represión, apenas denunciada por los antiguos medios colaboradores, podría convertir (incluso con cobertura mediática) a Assange y Manning en falsos mártires de la libertad de expresión: víctimas y no ejemplos a seguir. Pero los intentos de esos mismos medios por replicar buzones donde recibir filtraciones anónimas o los fichajes de antiguos colaboradores de Wikileaks en sus redacciones muestran a las claras que el nuevo periodismo no podrá hacerse sin la complicidad de la ciudadanía más empoderada en la Red. Igual que la política que pretenden poner en práctica las nuevas generaciones de electores. El voto (como la información) va unido a la participación y a la transparencia o se convierte en cheque en blanco a la opacidad.

3.- 15-M y la Spanish Revolution

Las movilizaciones del 15 de mayo constituyen la puesta de largo de un movimiento de movimientos e individuos gestado hacía tiempo. Las cibermultitudes se autoconvocaron, como habían hecho en el Prestige, el No a la Guerra, el 13M de 2004, y las sentadas por una Vivienda Digna. Fueron grandes movilizaciones, algunas superiores en seguidores y calado a las de la transición o, más recientemente, a las programadas por el PP durante el primer gobierno de Zapatero. En todos estos años una pregunta, apenas formulada, tiene ahora respuesta ¿Quién socializaría políticamente a todas esas generaciones que saltaron de la Red a las playas de Galiza en noviembre de 2002 y que, desde entonces, han ocupado con intermitencia las calles hasta tomar las plazas?

El 15-M es fruto de su confluencia con movilizaciones precedentes. La insumisión al servicio militar (1989/1996)¹¹, el 0'7% (1994, primera acampada, hasta la sentada ante el Congreso de 2000)¹² y el altermundismo (la antiglobalización que a partir de 1999 en Seattle sumó ecologismos, feminismos y nacionalismos internacionalistas, anticapitalistas y/o indigenistas). La primera manifestación mundial, en contra de la invasión de Irak, en febrero de 2003 sería señalada como la puesta de largo de “una opinión pública mundial”. La antiglobalización pareció desvanecerse por represión (el asesinato de C. Giuliani en 2001 en Génova) y éxito. Algunas de sus banderas – el 0.7% del PIB para la cooperación, la Tasa Tobin – han acabado siendo recogidas (y vaciadas de contenido) en programas electorales y de gobierno que ahora prometen sostenibilidad y gobernanza global.

Con mirada histórica esta genealogía del 15M lo presenta unido a las movilizaciones sociales que enfrentaron los consensos de la transición española, con Internet como lugar de encuentro y socialización¹³. La insumisión representó el rechazo al ejército franquista, supuesto garante del cambio democrático. El movimiento del 0'7% enfrentaba el desarrollismo del “pelotazo” económico avalado por la socialdemocracia. Sus seguidores se reconocieron en el zapatismo tras criticar los fastos del 92. Y el altermundismo opuso los cuerpos de los manifestantes a las estructuras del G20, FMI y BM en las contracumbres. Denunciaban la “doctrina del shock” (N. Klein) aplicada ahora en nuestras sociedades.

Todas esas movilizaciones se caracterizaron por la desobediencia civil no violenta: negarse a la mili y la prestación social, practicar la objeción fiscal, acampar en la vía pública y convocar referéndums sin permiso oficial, tomar las calles, bloqueándolas mediante la acción directa no violenta. Repertorios estratégicos, tácticas y discursos que se nutrieron y expandieron en la Red, confluyeron con otros nuevos y alcanzaron escala transnacional.

El Prestige despertó la auto-movilización de los jóvenes contra la economía del petróleo y sus guerras¹⁴. El “No a la Guerra” desbordó de nuevo a la izquierda oficial relegándola con convocatorias autónomas. Los más activos exigieron en la jornada de reflexión del 13 de marzo de 2004, tras tres días de confusión y mentiras, “la verdad antes de votar”. Denunciaron que el sistema político-informativo no servía siquiera para eso. Reafirmaban el suelo, salvaban la línea de flotación de la democracia¹⁵. Quien entonces tenía diez años pudo votar por primera vez en 2011, pero está en paro o es becario y/o precario. Apenas dos años después del 13M, el Movimiento por una Vivienda Digna señalaba que el horizonte económico de las nuevas generaciones ni siquiera contemplaba el derecho a techo. Esa muralla al desarrollo personal y

familiar se ligó a la burbuja inmobiliaria que acabaría estallando, tras degradar no sólo el medio ambiente, sino también unas instituciones políticas cada vez más corruptas.

En ese caudal de activismo ciudadano, al margen y en contra de los medios y los partidos, convergieron jóvenes y no tan jóvenes que durante dos décadas han defendido la neutralidad de Internet (igualdad entre usuarios sean cuáles sean los datos que transmitan). Han creado la Red como ámbito de autonomía, debate y movilización, y generado una impredecible sinergia entre la política online y offline. En las Elecciones Generales de 2008 se opusieron al canon digital (que graba todo dispositivo informático por presunción de piratería). Ya en 2011 ayudaron a Wikileaks, replicando sus filtraciones, en especial, las que desvelaban la ley Sinde como fruto del lobby de la industria norteamericana. Contemplaban con envidia las primaveras árabes. Y finalmente para sorpresa de muchos, se autoconvocaron, tomaron Sol y acabaron con la campaña electoral de 2007. Esta fue invisibilizada por una crítica radical que sin embargo se demostró consensual. La mayoría de las encuestas avalan el rechazo de $\frac{3}{4}$ partes del electorado a un bipartidismo de facto con políticas económicas idénticas, a una ley electoral que las blinda y otra ley de transparencia aún inexistente (anomalía donde las haya en la U.E.). En definitiva, el nuevo activismo salvó el suelo de nuestra democracia en 2004 y desde entonces ha elevado su horizonte reclamando una economía social de mercado y más calidad democrática.

Si el siglo XX se inauguró con las sufragistas, pidiendo que se contasen los votos de las mujeres, el XXI se inaugura con las cibermultitudes que exigen que su voto cuente para algo y se traduzca en emancipación y calidad de vida. Lo hacen como las venerables abuelas de modo horizontal y colaborativo, gratis y transnacional; como, por cierto, antes había hecho el movimiento obrero.

¿Dónde se materializa esta nueva política? Aún es pronto para decirlo. Apenas cuenta con veinte años y para todavía muchos ciudadanos es un territorio ignoto. Necesitamos otras dos décadas para constatar los cambios que, antes o después, adoptarán los partidos, los parlamentos, los sindicatos, el trabajo y los negocios. Pero hay hacia dónde mirar.

4. Islandia.

La (r)evolución del s. XXI lleva su primera letra entre paréntesis¹⁶. No consiste en tomar el poder. Sino en atarlo corto: hacerlo participado y transparente. Dar voz al pueblo para enfrentar a los mercados y exigir responsabilidades a los delincuentes financieros, como hizo Islandia convocando dos referéndums y encausando a algunos de sus políticos y banqueros. Con todo, esto podría parecer insuficiente para hablar de revolución.

Y, sin embargo, el sustantivo cobra cuerpo con tres iniciativas de calado. Desplegadas al hilo de la crisis muestran un **pragmatismo radical** que, reconociendo la quiebra del neoliberalismo, remueve las raíces éticas y constitucionales de la nación. En última instancia, se plantea un nuevo modelo económico. Islandia pretende “resetear” su democracia, “reinicializándola” con los principios hacker: controlar al poder y castigar su impunidad. Transparencia y participación.

La respuesta islandesa a la crisis económica fue una resistencia pragmática a los mercados. Reconocieron la quiebra de sus bancos y los nacionalizaron, al tiempo que remitían el pago de la deuda extranjera a los tribunales internacionales, tras negarse dos veces a aceptar las condiciones impuestas. Estas medidas han sido obviadas por el resto de países occidentales en crisis, pero no alcanzan el grado de revolucionarias si se consideran los costos sociales de la devaluación de la moneda nacional, el “corralito” existente, la emigración forzosa, la subida del paro y de los impuestos; entre otros ajustes ortodoxos. La recuperación islandesa es, sin embargo, una realidad. Y cobra tintes revolucionarios si, aparte de la dimensión económica, se contemplan otras tres, menos conocidas aún si cabe.

1 – La revolución jurídico-ética.

Tras el estallido de la crisis, una Comisión de la Verdad realizó un informe sobre responsabilidades e irregularidades que debieran ser perseguidos por una Fiscalía específica e independiente. Resultados penales aparte, al menos el Estado de Derecho mantuvo los principios de igualdad legal y la obligatoria rendición de responsabilidades. Los responsables máximos de la debacle han sido identificados y denunciados en público, viéndose privados de la

posibilidad de gestionar los fondos públicos de rescate. No es de extrañar que el movimiento global de indignados haya recuperado estas banderas como exigencias.

Mucho más importante (y factible de aplicar), la sociedad islandesa está inmersa en un proceso de revisión de los códigos deontológicos que rigen en numerosos gremios implicados en la crisis. Imaginen a las universidades y las empresas, a los Colegios profesionales de abogados, jueces y fiscales, arquitectos, periodistas y académicos... señalando corruptelas e incompatibilidades, intentando reconducir sus profesiones en términos de servicio público. Las medidas jurídicas antes señaladas, sumadas a esta regeneración ética, suponen la revisión del pasado y un intento de ruptura hacia otro futuro.

2 – Rescritura ciudadana del marco político.

El futuro arranca con nuevos pilares constitucionales, con la rescritura colectiva de las constituciones del siglo pasado, que pretende reprogramar la democracia, reformulando las instituciones representativas en función de la nueva potencialidad de los representados. Se trata de establecer un nuevo tablero de juego que sustituya al caduco. Recuperar y actualizar los fines de la democracia, implicando a toda la sociedad y, sobre todo, a los jóvenes.

Islandia ha hecho real lo posible; es decir, la participación no profesional y colaborativa de cuerpo electoral como fuerza auto-constituyente. Se logró asumiendo mecanismos de elección abiertos a todos los ciudadanos, que luego, desde plataformas de debate presenciales y digitales, persiguieron consensos incluyentes. Esto explica que en el nuevo texto constitucional figuren los derechos de la naturaleza al mismo nivel que los humanos, la rendición de cuentas y transparencia obligatorias de empresas mediáticas y partidos, las iniciativas legislativas populares, las listas electorales abiertas, etc. Como no podía ser de otra forma, el Parlamento enfrenta con recelos esta propuesta. Pero los nuevos objetivos de lucha e ideales políticos están planteados. El tablero seguirá convulsionado, pero ya no es el mismo. No sostiene más el proyecto de desarrollo nacional que llevó a la debacle.

3- Nuevo modelo de desarrollo.

La Iniciativa Islandesa de Medios Modernos (IIMM) aplica hasta sus últimas consecuencias los principios de una economía sostenible de la transparencia digital. Se trata de convertir la isla-paraiso fiscal que perseguían los neoliberales del “capitalismo vikingo” en su modelo contrario. Islandia construirá la Suiza del byte. Las vías para hacerlo: alojar servidores blindándoles de toda interferencia estatal, proteger a los medios y periodistas perseguidos en todo el mundo, reuniendo en un solo texto las legislaciones más garantistas de la libertad de expresión y de Internet. El buque insignia del proyecto iba a ser el grupo multimedia que Wikileaks tenía en ciernes, tras haber actuado de promotor de esta iniciativa.

Sunshine Press iba a ser el nombre. Por si a alguien se le escapa la coincidencia casual: “Prensa del rayo de sol”. ¿Por qué no Sol, de la Puerta del Sol? Aunque necesite recursos y matices, la IIMM brinda un marco transnacional y colaborativo que amenaza la impunidad de una elite globalizada que salvaguarda su negocio en paraísos fiscales, transfiriendo a las poblaciones los costes de su lucro y desgobierno. La IIMM genera además un juego político abierto y participado más allá de las fronteras nacionales. Su éxito económico – basado en un clima frío propicio a los servidores, la penetración plena de las nuevas tecnologías en la población y el liderazgo nacional en algunos ámbitos de la industria digital - sería un doble éxito democrático, interno e internacional. Habría implantado un nuevo modelo económico sostenible, con la semilla política de la transparencia y alcance global.

Nada impide propuestas semejantes de desarrollo glocal, para invertir los procesos de globalización que llevaron a la crisis a tantas otras comunidades pequeñas, explotando sus ventajas comparativas en un mundo globalizado. El secreto reside en implicar a los ciudadanos como sujetos comunicativos y políticos de pleno derecho. Son capaces actuando en red. Su autonomía y auto-organización pueden servir para resistir con pragmatismo la dictadura de los mercados. Permiten purgar las elites y regenerar éticamente a la sociedad civil. Refundan los marcos políticos (en lugar de constituciones, reescribamos estatutos autonómicos o

municipales). Y, en último término, configuran un nuevo modelo económico basado en (y generador de) transparencia y apertura.

Necesitamos representantes que se atrevan a defender la soberanía nacional devolviendo la voz y la iniciativa a las poblaciones. Y si los indignados del mundo desarrollan iniciativas con ese calado, materializando propuestas más allá de la protesta, hackearán el periodismo, resetearán la democracia. En lugar de eliminarlos (como amenazan las dictaduras de mercado que se perfilan), los revitalizarán como las herramientas de control e intervención ciudadana que nunca debieron dejar de ser.

1 El título avanza el de un panfleto que reunirá algunos de los escritos citados en este ensayo. En dichas referencias se pueden abundar y contrastar con datos los argumentos aquí apenas esbozados. Me debo, en gran medida, a los diálogos mantenidos en <http://propolis-colmena.blogspot.com/>. Las entradas de “redes sociales”, “Wikileaks”, “cibermultitudes” y “15M” contienen numerosa información que avala lo aquí expuesto. Gracias a todas las abejas de la colmena y larga vida a la Reina Republicana.

2 Eurobarómetro de noviembre de 2010. <http://www.puromarketing.com/18/8176/indice-penetracion-internet-espa-inferior-union.html>.

3 Thomas D. Seeley, Th. D. (2010) *Honeybee Democracy*. Princeton University Press.

4 Surowiecki, J. (2009) *The Wisdom of the Crowds*. Londres, Abacus.

5 Sampedro, V. (2006) [“¿Redes de nudos o vacíos? Nuevas tecnologías y tejido social”](#). *Documentación social. Revista de estudios sociales y sociología aplicada*, nº 140, Ed. Caritas Editores, Madrid. Disponible en www.victorsampedro.net

6 CIS. Estudio nº 2.914. Barómetro de octubre. Pregunta 7.

7 Sampedro, V. (2009) [“Periodismo ciudadano, precariedad laboral y depauperación de la esfera pública”](#) en Pérez Herrero, P.; Rivas Nieto y Gelado Marcos, R. (Coordinadores) *Estudios de Periodística XIV - posibilidades y riesgos para el discurso informativo*. Ed. Universidad Pontificia de Salamanca. Salamanca. Disponible en www.victorsampedro.net

8 Schmitt, C. (1983) *Teoría de la constitución*, Madrid, Alianza.

9 Castells, M. (2009) *Comunicación y poder*, Madrid, Alianza.

10 Sampedro, V. (2011) [“Wikileaks. La revolución está siendo televisada”](#) *Revista Razón y Fé* Nº 1.348. Disponible en www.victorsampedro.net

11 Sampedro, V. (1997) [Movimientos sociales. Debates sin mordaza. Desobediencia civil y servicio militar \(1970-1996\)](#). Centro de Estudios Constitucionales-BOE: Madrid. Disponible en www.victorsampedro.net

12 Jerez, A.; Sampedro, V. y LOPEZ REY, J. (2008) [Del 0,7 a la desobediencia civil: política e información del movimiento y las ONG de Desarrollo \(1994-2000\)](#) Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.

13 Sampedro, V. y Sánchez Duarte, J. M. (2011). “La Red era la plaza”. Epílogo, en *Cibercampaña. Cauces y diques para la participación. Las elecciones generales de 2008 y su proyección tecnopolítica*. UCM, Madrid. Disponible en www.ciberdemocracia.es

14 Sampedro, V. (2003) [“Nunca Más: la marea, el dique y el bunker en La red en la calle ¿cambios en la cultura de movilización?”](#) en Grau, E.; Ibarra, P. (Coords.). *Anuario de movimientos sociales 2003*, Icaria,

Barcelona. Disponible en www.victorsampedro.net

15 Sampedro, V. (2005). *13M: Multitudes online*. Madrid, La Catarata. Disponible en www.victorsampedro.net

16 Los argumentos y datos de este epígrafe están desarrollados en Sampedro, V. (en imprenta) “ Sampedro, V. (en imprenta) La revolución islandesa. No una, sino tres” en Fernández, J.; Urbán, M. y Sevilla, C. (Comp). *Indignad@s del mundo, uníos*. Barcelona, Icaria. Disponible en www.victorsampedro.net